

# PANORAMA

*Dm*

*oct 7/45*

Por GASTON BAQUERO

## Del primer almuerzo del "P.E.N. Club"

EL jueves al mediodía, entre los bellos arcos de un rancio edificio, efectuamos el primer almuerzo del P. E. N. Club de Cuba. No todas, pero sí muchas de las mejores sensibilidades de este enigmático país, estuvieron presentes. El acto revistió, como era inevitable, cierto tono de ensayo, de tanteo, de a-ver-qué-pasa. Nos reunimos con una discreta alegría, con gestos y procedimientos que denunciaban la curiosidad: ¿qué iría a salir de todo esto?, ¿qué rumbo tomará esta barca de grácil niñez que es el P. E. N. Club entre nosotros?

En primer término, logróse, gracias a la tradición de eminente eliminadora de diferencias que tiene la mesa, ponernos mano a manos a unos cuantos hombres que arrastramos la tradición de un aislamiento inexplicable. Allí pasamos unas contadas horas, compartiendo el pan—lo cual no es menuda cosa como ahora veremos—, los señores que por definición formamos en el modesto ejército de los que en Cuba sirven al espíritu. Fueron muchas las ausencias, y quien esto narra se atrevería a decir que el miedo las engendró. Para el hombre discreto, o para el que no acepta convertir la vida y la vocación que le han dado en pretexto para librar comineras guerrillas inciviles, ofrece grandísimo riesgo esto de entrar así como así en una organización de escritores. Es justo tomar precauciones, se justifica el uso del chaleco de acero. Los que llevan tal prenda, o los que ya no esperan nada en el terreno de la renovación de relaciones inteligentes entre los profesionales de la inteligencia, negáronse a ocupar un sitio junto a los que estimamos que por estar en juego, no sólo nuestra personal situación, sino la misma creación de un medio humano más elevado y fecundo para los que vendrán, nos decidimos a aceptar la realización de un nuevo esfuerzo. Acaso no vinieron, simplemente, por razones que llamaremos físicas, sean de tiempo, de espacio, salud, etc. Pero es importante que toquemos la tesis del temor, porque éste ocupa un lugar incalculable en el panorama actual de las relaciones intelectuales. Temor a ofender, temor a ser ofendido, temor a mal interpretar, temor a ser mal interpretado, y luego toda la serie de temores, de fobias, de reservas; y luego, detrás, el egoísmo, el terco afán de no perder la co-

modidad, de no exponerse a nada ni a nadie: quedarse en la casa, rumiando la dosis amarga del aislamiento y la incompreensión, pero sin acceder a mover un dedo en busca de sustituir dicha amarga dosis por un otro licor más claro y más puro. Y no es que veamos en el P. E. N. Club o en cualquier organización similar una panacea, sino que estamos convencidos de que el grave problema espiritual y material que confronta en la actualidad el escritor cubano, es, sí, un fragmento de un más vasto conflicto cultural e histórico, pero es también, y con decisiva fuerza, un conflicto, cuya salida puede y debe ser encontrada por los hombres que son víctima suya.

¿Quién se atrevería a negar la progresiva debilidad, la visible decadencia creciente de nuestro acervo literario y artístico en general? No se trata, repetimos, de la falta de individualidades valiosas, de ejemplos personales que en ocasiones pueden parangonarse con los mejores paradigmas de otros tiempos. Se trata de que cada día se impone más la sensación de que aquí no hay nada parecido a un **quehacer espiritual orgánico**, resultante de un clima, de una tradición, de una continuidad cultural. Islotes, partículas errátiles, gente que va de aquí para allá, entre la sombra, como si viviese en tierra de desconocidos, es lo que ofrecemos. Y cuando ocurre tal cosa, cuando no existe un substratum nutricional que obre a la manera de **vaso comunicante** entre los espíritus y sus aspiraciones, es inútil esperar que se pueda crear en firme y con sentido, con carácter, con personalidad. No queda en tal circunstancia otro camino que el de emigrar aunque sólo sea en espíritu, para darse a vivir según la vida de otras gentes y otra cultura. Llega el momento de no vivir con la propia vida, sino con la vida ajena. Porque la propia vida, la más personal e íntima vida de cada uno, está hecha por y con la vida de los demás; de los demás, que pertenecen por razones de espacio, de tiempo, de herencia, de lenguaje, de tradiciones, de historia, a una misma realidad histórica y espiritual. Puesto que se con-nace al par con otros tantos hombres, que reciben, en lo que se refiere a un alimento

metafísico, el mismo conjunto de elementos formadores de una personalidad y posibilitadores de una expresión, no es posible ni imaginar siquiera la eliminación de esos otros hombres en el proceso tempo-espacial de nuestra propia vida. Ya se sabe que la mano del poeta, cuando escribe su verso, va movida por miríadas de otras manos, poéticas unas y disímiles las otras. Se escribe en soledad, pero se crea en compañía. En compañía, especialmente, de los contemporáneos, de los que han caído prisioneros del mismo trozo de inexorable circunstancia histórica que nosotros. Sabiendo que todo el pasado está presente, íntegro, en el presente, y que nuestro minuto más próximo no es sino la gota morosamente destilada por el Tiempo en el seno de nuestra momentaneidad, no cabe otra actitud que la de considerar a nuestro prójimo, por una parte, como resumen de las tradiciones que originaron y desembocaron en nuestra vida, y, por otra, como suprema referencia que poseemos para proseguir el grandioso trabajo de construir las tradiciones de mañana, que es el programa metafísico que le va implícito al hombre con la posesión del ser. Ya no es que lo queramos o no; ya no es que nos agrade o no; sino que no nos queda otra salida, para vivir plenamente nuestra vida personal, para ser a fondo lo que vayamos a ser nosotros mismos y nada más que nosotros, que contar con la con-nacencia de los que nos rodean. Ya que se convive por designio de la Providencia, que se conviva por acción de la voluntad.

Y como el convivir no se realiza en brutal masa informe, sino que se afina bajo especie de vocaciones semejantes, de gustos semejantes, de actitudes y técnicas semejantes, viene a resultar doblemente indispensable la convivencia de los que

viven bajo una rúbrica común, sea esta rúbrica de orden técnico, de orden moral o de orden vocacional. No podemos prescindir de ningún ser humano, de ningún fragmento de historia, de ningún instante del tiempo, pero específicamente no podemos dejar de contar lúcida y volitivamente con los seres que pertenecen a la misma nota de expresión o de modo de ser que nosotros. Esto es un fatum. No se puede saltar fuera de la sombra, ni se puede tachar al prójimo, porque el prójimo, como la sombra nuestra, está en nosotros, es nosotros. ¿Cómo no concederle, pues una inmensa participación en la creación de un nuevo estilo de vida al hecho de que los próximos, los prójimos, se convivan, se reconozcan como tales próximos, como hilos que se encuentran reunidos por una mano omnipotente para formar un dibujo preciso sobre un tapiz determinado? Saber cómo son los otros es saber cómo es la mitad de uno mismo. Conocer los ideales y disposiciones de los próximos, es conocer un poco más, y mas ciertamente, los propios ideales y disposiciones. Ya que no por acatamiento de la ley de amor, cúmplase por afán de negocio bueno la remuneradora empresa de convivir. De convivir, que por lo mismo que representa algo tan enorme, tan complejo, se hace de tan difícilísima realización. Convivir, lo que se llama con justeza convivir, es la más esquivada y resbaladiza de cuantas piezas pueda cobrar ese cazador impenitente que es el ser humano.

*DM, Oct 7/45*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA